

EL UNIVERSAL

Mayo 19/1927

SECCION EDITORIAL

LOS PACTOS DE HONOR ELECTORALES²

NUESTRO colega "El Universal Gráfico" publicó ayer tarde un telegrama de su corresponsal en Guadalajara, en el que, al dar cuenta de su reciente visita a Navojoa, dice entre otras cosas: "Sobre la entrevista que en días pasados celebró (el señor General Obregón) con el General Arnulfo Gómez, he logrado saber que convinieron en que si ambos se lanzaban a la lucha electoral, su campaña se desarrollaría dentro de un ambiente de cordialidad, conservando su antigua amistad y compañerismo, evitando que sus partidarios lleguen a degenerar en insultos, para así convertir la liza en palenque de caballeros".

Que nosotros recordemos, es la primera vez que dos presuntos candidatos a un puesto público de elección popular, celebran un pacto semejante en nuestro país. Nos parece de tal manera importante el hecho, que junto a él consideramos de segundo término las conjeturas a que podría prestarse el de que el señor General Obregón celebre convenios referentes a una campaña política, acerca de la cual se niega todavía a hacer declaraciones categóricas.

Lo acostumbrado entre nosotros es justamente lo contrario. Cada candidato considera enemigos personales a sus competidores, desde el instante mismo en que decide, en su fuero interno, lanzarse a la lucha. Podrá no tener todavía partidarios; ignorará aún cómo van a recibir su postulación las multitudes siempre escasas de los electores; pero basta que se confiese, a solas con su conciencia, el deseo de ocupar un cargo oficial que tiene otros pretendientes, para que comience a odiar a éstos con toda la fuerza de su corazón. (Cuando se reduzca a leyes el movimiento de las pasiones políticas, es posible que se descubra que ese odio se halla en razón directa de la importancia del cargo que se pretende).

A medida que avanza la campaña, la animadversión crece entre los contendientes. Hasta que llega al punto culminante en que hace crisis: los candidatos se detestan y procuran exterminarse por cuantos medios están a su alcance. Dichos medios pueden ser lo suficientemente explosivos para conmover la tranquilidad del país, como ocurre, por ejemplo, cuando se pelea por la Presidencia de la República.

Suponemos que se comprende ahora la importancia del pacto que, según se afirma, celebraron en Navojoa los generales Gómez y Obregón.

Nuestras campañas electorales no se distinguen precisamente por su corrección. Los adversarios se cubren de injurias con furor siempre redoblado. Su enemiga es tal que en ocasiones no tienen paciencia para esperar que la disputa se decida en los comicios, y vienen a las manos con muchos meses de anticipación. Así ocurrió en 1920, y así también sucedió en 1923, para no recordar sino los casos más recientes.

Quizá contribuya en mucho a excitar las pasiones la forma de comedia en que se lleva a cabo la lucha política. La propaganda no se hace tomando como base principal los méritos de cada uno de los candidatos, sino los deméritos reales o ficticios de sus competidores.

Por curioso que resulte para los observadores imparciales el espectáculo que ofrecen las bandas de políticos y propagandistas echándose injurias candentes al rostro, ante la indiferencia de la inmensa mayoría de los ciudadanos; por verdadera que sea la repugnancia que el público, la masa de los electores experimenta a interesarse por estas pugnas y a intervenir en ellas; por inútil que se reconozca la acalorada repetición de una comedia que todos saben de memoria y que a nadie engaña, lo cierto es que las minorías comprometidas en el juego acaban por

enardecerse, pasando bien pronto de las palabras violentas a los hechos todavía más violentos, con graves perturbaciones de la tranquilidad general.

Algo se ganará, por lo tanto, si los candidatos convienen en mantener a sus partidarios dentro de los límites de la decencia, y lo consiguen, que ya es un poco más difícil. Tal vez la campaña pierda la animación que le da el escándalo, que es la única que tiene en el fondo; pero en cambio se logra que aumente el número de las probabilidades de mantener la paz.

Porque como hasta los más lerdos lo comprenden, el interés primordial, por no decir el único, que ofrecen para el país los ruidosos episodios que origina entre nosotros la transmisión del Poder es justamente el que suscita la posibilidad, casi siempre realizada, por desgracia, de que se altere el orden con tal motivo.

* * *

Hay, en torno de cada elección presidencial, dos peligros: el de que se perturbe la paz antes de que lleguen los comicios, cuando los candidatos y sus partidarios se impacientan; y el de que después de las elecciones, los derrotados no se conformen con su fracaso y se lancen a la revuelta, proclamando no importa qué principio democrático o jurídico, de los que abundan tanto en la utilería de nuestro tinglado político.

Ninguno de estos peligros nos amenazaría, si los candidatos convinieran realmente en "convertir la liza en palenque de caballeros", para expresarnos como el corresponsal del colega en Guadalajara. Porque un torneo digno de efectuarse en tal terreno habría de ser de tan hidalga calidad que excluiría, en primer lugar, toda clase de malas artes y de bajezas plebeyas, y en segundo, el riesgo de que los paladines se mostrasen descontentos con el resultado. Esto lo sabe quienquiera que tenga la más pequeña noticia de lo que fue la caballería, con tan escaso éxito resucitada por Don Quijote.

Nosotros, claro está, no tenemos ninguna razón para creer imposible un vuelo ascensional de nuestros políticos hasta los más altos planos caballerescos. Aceptamos como seguro, por lo tanto, que si el pacto entre los generales Obregón y Gómez no es una fantasía, "la campaña se desarrollará dentro de un ambiente de cordialidad", conservando los candidatos "su antigua amistad y compañerismo", pese a la frecuencia con que la marejada de la política rompe en México los más fuertes amarres de esta especie. Sólo una cosa nos desazona: que los presuntos contendientes no hayan pactado nada, que se separe, acerca de la actitud que asumirán si la victoria se les niega.

Se nos dirá que tal convenio parecería inútil, porque lo democrático es que el vencido, teniendo presente la "antigua amistad y compañerismo" amén del respeto que merece la voluntad popular, felicite inmediatamente al vencedor. A lo que contestaremos que también es de explorado derecho que en las campañas políticas los adversarios no invadan los linderos de la insolencia, no obstante lo cual juzgaron pertinente los generales Gómez y Obregón hacer un pacto a tal respecto.

Y la verdad es que un convenio en el sentido arriba indicado, si se pudiera entre todos los candidatos, sería hondamente tranquilizador para el país. Porque será bueno repetirlo: en materia de comicios es tan rara esta pobre democracia nuestra, que le importa muchísimo más saber lo que harán los candidatos ante la evidencia de su derrota, para desquitarse de ella, que averiguar lo que hará el victorioso desde el Poder, caso de que le permitan aquéllos en sana paz alcanzarlo.